

## ADOLESCENCIA

## ADOLESCENCIA

Era fuerte el miedo de perder las manos como ya le había sucedido una y otra vez. Mucho mayor que el del infierno o de la falta de memoria con que lo amenazaban en su familia o los maestros jesuitas. El terror venía después, cuando notaba, en el momento en que le era indispensable, la pérdida de esa parte de sus extremidades superiores: al querer acariciar a una mujer, cuando trataba de aferrarse a una cuerda suspendida en el vacío, al repeler una agresión corporal. En ese instante de nada servía el arrepentimiento. Sus brazos terminaban en un muñón rosado, sin cicatriz y cubierto de fino bello. Siempre fue igual. Desde la primera vez que temblando de miedo lo hizo. O por lo menos desde que lo hizo conscientemente. Mil veces se juró no volver a reincidir para de nueva cuenta volver a caer en lo mismo en sus momentos de soledad. Sus manos desaparecían sin saber como, ni en que momento. Por su falta fue golpeado y despojado de sus bienes, lo rechazaron en las escuelas y en la sociedad. Por más que suplicó no fue admitido en la aviación. Lo llenó de pena saber que era la vergüenza de su familia y el deshonor de sus padres. Cuando cumplió diez y seis años, brutalmente, y en medio de bromas pesadas, fue introducido por sus amigos en el mundo adulto, el de las mujeres.

Ahora sueña otro sueño: que no tiene pene en el momento en que le es más indispensable.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999